

A todos los miembros de la Congregación de la Misión

Queridos Hermanos,

*¡La Gracia y la Paz de Nuestro Señor Jesucristo
llenen sus corazones ahora y siempre!*

Comencemos la Cuaresma reflexionando sobre María, verdadera discípula de Jesús, que puede ayudarnos durante este periodo santo a entrar con mayor profundidad en el misterio del amor de Dios por nosotros. Las Escrituras dicen mucho acerca de su testimonio y nos revelan su papel como discípula.

Pero concentrémonos en la cruz de Jesucristo, donde su muerte se consuma de una vez para siempre, y meditemos en el papel de María en este momento tan dramático y significativo de la vida de su Hijo. María es una madre que sufre la muerte de su Hijo; un Hijo que ella ha recibido en sus brazos cuando él vino al mundo y ahora lo recibirá de nuevo después de haber dejado nuestra humanidad. ¡Cuánto dolor habrá sentido! Qué pena habrá traspasado su corazón, aquella pena de la que habló Simeón el profeta: “— ¡Y a ti misma una espada te atravesará el alma! — a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones” (Lc. 2,35b). ¿Qué hace María al pie de la cruz? Ella no intenta parar la ejecución; no está proclamando la inocencia de Jesús. Sólo el evangelio de Juan menciona la presencia de María. Dice sencillamente que ella estaba allí (Jn. 19,25). Quizás sea esta una presencia de coraje y fortaleza. Tal vez, muy probablemente, María estaba meditando en el sentido bíblico de la palabra.

Meditar, en sentido bíblico¹, significa soportar, sostener y transformar una tensión para no devolverla de la misma manera. Obviamente, Jesús nos presenta también esta clase de meditación. El aceptó el odio, lo soportó, lo transformó y devolvió amor y perdón. Meditar bíblicamente es ser como un filtro de agua que recibe toda clase de impurezas, las retiene dentro de sí y deja pasar solo el agua pura. María muestra el camino que debe seguir un fiel discípulo: reflexionar, meditar, atesorar en el corazón, soportar y transformar la tensión.

¹ Cf. Escritos de Ron Rolheiser, OMI, presidente de la Escuela de Teología de los Oblatos en San Antonio, Texas. El es experto en vida comunitaria, conferenciante y escritor. Sus libros son populares en los países de lengua inglesa. El participa regularmente en una columna en el *Western Catholic Reporter*, el mayor semanario religioso del Canadá, que se envía a más de 50 periódicos de todo el mundo.

Quiero invitaros a que dedicuéis alguán tiempo durante la Cuaresma, a contemplar a María al pie de la cruz de su Hijo. Durante la reflexión, poneos en el lugar de María. ¿Qué veis cuando miráis el rostro sufriente de Jesús? ¿Qué estáis meditando? ¿Cuáles son las tensiones que experimentáis en vuestra propia vida en este momento y que vosotros debéis soportar, llevar por alguán tiempo, y que con la gracia de Dios, necesitáis transformar?

Deseo extenderme un poco sobre estas diferentes palabras: soportar, llevar y transformar:

- **Soportar** significa no abandonar inmediatamente, aprender a aceptar. Qué difícil es a veces aceptar cuando aquello que nos causa tensiones puede resultarnos incómodo, desconcertante. Tenemos la tendencia inmediata a desentendernos, pasar de largo o huir de ello.
- **Llevar** significa tomar el tiempo suficiente para pasar por un proceso de reconciliación de uno mismo con la tensión. Esto significa con frecuencia reconciliarnos con aquellos que provocan la tensión que existe en nuestra vida. La reconciliación no es algo que acontece sin más, inmediatamente. Se precisa tiempo. Requiere paciencia. Se necesita coraje, comprensión, humildad.
- **Transformar** significa hacer nuevas las cosas con mucho trabajo, esfuerzo. Requiere mucha entrega, además de perdón.

Cuando miramos a María, al pie de la cruz contemplando el rostro de su Hijo que sufre, y miramos también a su Hijo ¿Dónde vemos hoy su rostro sufriente? No debería ser muy difícil para nosotros, que estamos llamados a contemplar el rostro de Jesús en el rostro del pobre que sufre, a quien nosotros evangelizamos y servimos, ver los rostros de los pobres en el rostro doliente de Jesús.

- Mirad el rostro de Jesús sufriente y ved a esos niños abandonados por sus propios padres vagando por las calles de las grandes ciudades de nuestro mundo.
- Mirad el rostro doliente de Jesús y ved a una joven adolescente que no sabe qué hacer, porque tiene que revelar la noticia de que está embarazada después de no haber tomado en cuenta el consejo de sus padres acerca de las personas con las que se relaciona. ¿Escucha ella el consejo que cree que sus sufrimientos pueden aliviarse animándola al aborto? ¿O se escucha más bien a ella misma y a su tentación de huir, e incluso, ya en el límite, por miedo a enfrentarse a sus padres, a quitarse la propia vida?
- Cuando contempláis el rostro de Jesús sufriente, ¿Veis el rostro de miles y miles de hombres, mujeres, adolescentes

y niños que han huido de su patria como inmigrantes? ¿Los veis con la esperanza de encontrar “una vida mejor en otro mundo”, que muchas veces hemos creado a través de los medios modernos de la publicidad y el mercado?

- Cuando consideraréis el rostro doliente de Jesús, ¿Veis a miles y miles de refugiados que huyen de su patria para evitar la violencia y el genocidio, la experiencia del odio de hermanos y hermanas contra hermanos y hermanas?
- Cuando vosotros consideraréis el rostro doliente de Jesús, ¿Veis a esos mismos inmigrantes que son refugiados, discriminados o rechazados por los países de acogida porque ellos son diferentes, porque son sucios, porque su piel es de color distinto y no pueden hablar la lengua?
- Cuando vosotros consideraréis el rostro de Jesús sufriente, ¿Veis el rostro de miles y miles de personas que mueren de hambre, malaria, sida, y otras enfermedades, cuyos gritos de ayuda parecen caer sobre oídos sordos, porque son demasiados?
- Cuando vosotros consideraréis el rostro sufriente de Jesús, ¿Veis miles y miles de personas que temen por sus vidas en sus mismos pueblos, en sus mismos barrios, en sus mismas ciudades porque grupos de jóvenes vagan por las calles sin miedo a nadie y a nada, y sin respeto por la vida humana?
- Al mirar el rostro sufriente de Jesús, ¿Veis también miles y miles de hombres y mujeres que están prisioneros en condiciones inhumanas, esperando muchas veces largos procesos judiciales, con la sensación de que la justicia jamás llegará porque son pobres? y ¿“Quién escucha el clamor de los pobres”?

En su primera encíclica, Benedicto XVI habla de contemplar el sufrimiento de Jesús.

“Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar”².

Le pido a Dios que vuestra contemplación de María al pie de la cruz de su Hijo Jesús, durante esta Cuaresma, sea una experiencia curativa, así como un peregrinar por el corazón de las penas y la desesperación de los pobres de este mundo que da paso a la esperanza. La misma pasión de Jesús, su muerte y su resurrección declaran

² BENEDICTO XVI, *Dios es amor*, No. 12

que los males de este mundo no son incurables y que la injusticia no tiene la última palabra. Mediten, pues, el rostro doliente de Cristo. Consideren las injusticias de este mundo. Llénenlas a su corazón y pidan la Gracia de Dios para transformarlas y devolverlas multiplicadas en justicia, paz, comprensión, reconciliación, amor³.

Al hacer esto, hermanos míos, meditemos las palabras del Beato Marco Antonio Durando, que forma parte de una oración que las Hermanas Nazarenas recitan al comenzar su servicio nocturno en favor de los enfermos y de los pobres.

Jesús mío Nazareno, aquí estoy inclinado sobre tus pies, para pedir tu bendición... Intento pasar "esta noche" (esta Cuaresma) en oración para honrar las muchas noches que tu consagraste a la oración por mi, especialmente la noche que precedió tu Pasión dolorosa⁴.

Vuestro hermano en San Vicente,



G. Gregory Gay, C.M.
Superior General

³ Nota: Quisiera agradecer al P. John Sledziona, C.M., por algunas de las ideas de esta carta. Están tomadas de unas reflexiones que él hizo sobre María y la Eucaristía a los cohermanos de la Provincia de Nueva Inglaterra.

⁴ Marcantonio Durando, citado en LUIGI CHIEROTTI, *P. Marcantonio Durando*, Génova, Cooperación Vicenciana, 1970, p. 385.